

do despertado, malos pensamientos: como si á Pedro durmiendo se le representa la imágen de su enemigo, (que es una verdadera fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y despues de despierto se complace en esta soñada venganza. Este caso y muchos semejantes, esplican cuáles son las fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, que punden ser causa de que las pasiones se ecsalten y que despierto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por cuanto se forman en nuestra fantasia, se llaman fantasmas.

Con esto se concluyó la cuestion de los espantos, y nos despedimos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

CAPITULO XI.

En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud.

Sin embargo de que á favor del desengaño, ya no trató Doña Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que

no dejó de estrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoñería y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluia la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja entender cómo andaria, abandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamunderia espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el dia se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba menos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia Maria, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar menos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.

Todos los días de la semana tenían sus rezos particulares. El lunes se debía rezar á San Cayetano y á las ánimas benditas, martes á Señora Santa Anna, y á San Antonio de Padua, miércoles á la Preciosa sangre, etc. etc.

Fuera de esto, había sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los diarios. Por ejemplo: día primero, se rezaba á la Divina Providencia, día siete, á San Cayetano, día ocho á la Purísima, día doce á la Santísima Virgen de Guadalupe, día diez y seis á San Juan Nepomuceno, día diez y nueve, á Señor San José, día veintiuno á San Luis Gonzaga, día veintiseis á Señora Santa Anna, y ¡qué sé yo qué más!

No era lo malo que se rezara tanto, lo fatal era el modo con que se rezaba, y las inconsecuencias que se originaban por esta imprudente y mal entendida devoción; porque el modo era rezar con mil interrupciones, lo que manifestaba la ninguna atención con que lo hacían. Doña Eufrosina llevaba siempre el coro, y era la que más interrumpía, pues durante un *Padre nuestro* preguntaba tres ó cuatro cosas, y determinaba otras tantas; porque por ejemplo, decía: *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Niña, ya habrá venido tu padre?—Quién sabe mamá. *Santificado sea tu nombre...* Es que si ha venido, que le den chocolate... *Venga á nos el tu reino...* y avisale que sobre

la cómoda está una carta que trajeron de casa de D. Jacobo. *Hágase tu voluntad...* Espanta al gato, no vaya á quebrar un vaso: *así en la tierra como en el cielo.* ¿No era la devoción de Eufrosina estremadamente fervorosa?

Como había dado orden de que nadie la visitara mientras rezaba, tenía D. Dionisio que complimentar á sus amigas, que á los principios, ignorantes de la nueva extravagancia de Eufrosina, continuaban de cuando en cuando sus visitas, hasta que mirando que se negaba, se retiraron poco á poco, tratándola de grosera é incivil.

Rabiaba D. Dionisio con estas cosas; però como era un marido afeminado, no tenía valor, según se ha dicho, para corregir á su muger; y así se valió de quejarse con mi tutor, y suplicarle que persuadiera á su cuñada para que no fuera tan virtuosa. La empresa es difícil, dijo el coronel; pero haga usted que mañana concurran á la mesa nuestros amigos, y el licenciado que con su genio jocosó puede contribuir á los deseos de usted.

En efecto, al día siguiente fuimos cerca de las doce, hora en que no habían vuelto las señoritas de la iglesia, y ya las esperaban en su casa el cura, el señor Labin y el Licenciado Narices.

Mientras volvían, se trató de la extravagancia de las madamas, y cada uno prometió á D. Dionisio ha-

cer por su parte lo posible para ver si podian reducir las á estarse en casa mas y rezar menos.

Llegaron por fin las señoritas, y despues de las saluciones corrientes, se desnudaron el traje de la calle y se pusieron á platicar con sus visitas. ¿Conque de dónde bueno, madamas? preguntó el coronel.—De la Merced, hermano, contestó Eufrosina. Estaba la iglesia hecha una gloria, como que hoy es el dia de nuestra Santa Madre. Nosotros fuimos á comulgar, oimos ocho misas en un instante, venimos á desayunarnos, y nos volvimos á la funcion, que ha estado muy famosa, especialmente el sermon que predicó el padre presentado N. ¡ya se vé, como que es divino el frailecito!—Todo habrá estado segun usted lo dice: lo que no puedo entender es cómo oyeron ocho misas en un instante, pues por ligeras que se digan se necesita para oirlas algo mas de tres horas.—Pues nosotras las oimos en una, porque las oimos todas á un tiempo.—Es decir, hermana, que no oyeron ninguna, y que si hubiera sido hoy dia de precepto, no cumplen con él probablemente, y se quedan sin misa.—¿Y por qué?—Porque para oír misa como se debe, es necesaria la atencion exterior é interior, esto es, la del espíritu y la del cuerpo. A la primera faltan no solo los que van al templo á divertirse con los que entran ó salen, á pintar á esta, á dibujar á la otra, á jugar con el abanico ó el palito, ni

á distraerse en conversaciones muy ajenas de aquel santo lugar, sino cuantos no están con la modestia debida, particularmente al tiempo del tremendo sacrificio; y ya usted verá que estando volviendo la cara á este y al otro lugar, y haciendo visages con ocasion de querer oír á un tiempo muchas misas, no solo se falta á esta atencion exterior, mas tambien es causá de que falten á ella los que se divierten con estas gentes visageras.

Asimismo faltan á la atencion interior, pues queriendo meditar en tantas cosas cuantas significan las diversas acciones que muchos sacerdotes hacen sobre el altar, no meditan en ninguna. No me crea usted á mí; oiga cómo se esplica el Dr. D. Joaquin Lorenzo Villanueva en su tratadito que escribió de *La reverencia con que se debe asistir á la misa*. Dice pues: “El que oye muchas misas á un tiempo, ó atiende á “las varias acciones de ellas, ó no. Si no atiende á “esto, ¿en qué funda la mayor ganancia? Si atiende “á esto, la misma variedad, como decimos, le ha de “distraer precisamente; porque cuando una misa es “tá en el Credo, la otra está á la elevacion de la hos- “tia, la otra en la sumpcion, y la otra en la bendicion, “¿quién tiene cabeza para pensar á un mismo tiempo “con atencion y devocion en tantas y tan varias co- “sas?..

“Ann esto se verá mas claro, si atendemos á la

“disciplina antigua de la Iglesia, segun la cual no
“era permitido que en un mismo templo se celebra-
“sen á un tiempo muchas misas. “En los seis pri-
“meros siglos de la cristiandad, y aun mas adelante
“sola una misa se podia celebrar diariamente en ca-
“da iglesia, ó mas bien en cada pueblo, aun cuando
“hubiese en él varios templos fuera de la catedral ó
“parroquia. Notorio es el rito observado por los
“griegos de celebrar todos los presbiteros, juntamen-
“te con el obispo. Ochenta presbiteros segun la
“norma de la reduccion hecha por el emperador Era-
“clio celebraban juntos un solo sacrificio en la igle-
“sia mayor de Constantinopla. Esto prueba que en
“los primeros siglos de la Iglesia, y despues de la paz
“que el Señor le envió por medio de Constantino, no
“se decian á un tiempo muchas misas en un mismo
“templo. Y si en algun caso de solemnidad ó de
“gran concurso eran necesarias mas misas, se cele-
“braban una despues de otra, como se lee en la segun-
“da carta de San Leon á Dióscoro.

“Y aunque en esto ha variado la disciplina por jus-
“tas causas que debemos todos venerar; el espíritu
“de la Iglesia siempre es y será el mismo, segun el
“cual, los antiguos padres tenian por desórden dis-
“traer con la celebracion de muchas misas juntas en
“una misma iglesia al pueblo que en ella se congre-
“gaba. Sabian que las colectas de los fieles se cele-

“braban para unir las oraciones de todos, para for-
“mar de los gemidos de muchos un solo gemido, de
“muchas voces una sola voz; de muchas adoraciones,
“una adoracion sola, que con suave y poderosa efica-
“cia incline el pecho benigno de Dios á que nos ha-
“ga mercedes.

“Conforme á esta costumbre habia en la Iglesia
“otra no menos antigua, de no consentir en cada
“templo sino un solo altar, la cual observaron los la-
“tinos hasta el siglo VII, y aun hoy dia conservan
“los abissinos moscovitas y orientales.”

Se cansa usted en vano, señor coronel, dijo el li-
cenciado, porque estas señoras rezadoras son las mas
tontas y las que menos entienden su religion. Re-
niego yo de todas estas beatas exteriores.—Reniego
yo de usted, demonio de hablador, contestó pronta-
mente Doña Eufrosina: ¿siempre ha de ser usted en
contra de nosotras? Para usted no halla medio una
muger. Si es alegre, si baila ó se pasea, dice que es
libertina, loca y disipada; si por el contrario, es devo-
ta y recogida, luego la califica de beata, tonta y de-
vota exterior. ¿Conque qué haremos las mugeres pa-
ra agradar á este malvado Nariguetas, y libertarnos
de su lengua venenosa?—Fácil es la respuesta, decia
el licenciado: lo que hay que hacer es, ser alegres sin
coquetería, francas sin locura, virtuosas sin hipocre-
sia, y devotas sin supersticion; pero como yo no he

conocido ni una muger que tenga tantas recomendables circunstancias, sino todas ellas malas por un camino, peores por otro, y detestables por todos, cargaría mi conciencia si hablara bien de las mugeres.... ¿Qué es hablar? si pensara siquiera que había ni una sola buena: sí, ni una sola entre cuantas el sol calienta; antes tengo entendido, y en esta fé y creencia protesto vivir y morir, que vosotras sois la canalla peor de todo el mundo, y sois lo mismo hoy que seis mil años hace. Es decir que siempre habeis sido malas, malísimas y peores de lo que parecísteis á Ovidio, á Séneca, á Catulio, á Horacio, á Virgilio, á Tibulo á Propercio, y á cuantos autores antiguos y modernos han mal empleado el tiempo y sus plumas en hacer vuestros parecidísimos retratos ...

¡Ya escampa, hermano! dijo Eufrosina: ¿qué le parece á usted y cómo honra este deslenguado á las mugeres? Muy agraviado lo tienen sin duda. ¡Ya se ve! ¿quién ha de apetecer á usted, demonio, tan viejo, tan feo y tan hablador? Bien que usted sabe cuándo y con qué mugeres se esplica de ese modo. Solo acá y con nosotras: á fé que con Pachita la huera, con la marquesita de.... con la hija del contador y con otras así, todo se vuelve usted mieles y zalamerías... adulator, embustero.

Es verdad que á esas señoras las trato con lo que llaman política, respondía el licenciado; pero eso es

porque las quiero menos que á usted.—¿Conque á quien quiere usted mas, le dice mas claridades? Si, á quien estimo de veras siempre trato de hablarle la verdad, y si puedo, procuro sacarla de sus errores.—¿Pues en qué errores me ve metida? Yo no me tengo por ilustrada ni por sábia; pero tampoco soy muy ignorante: sé muy bien donde me aprieta el zapato; si ya no es que usted tiene por error el que yo y mi hija nos háyamos separado de las tertulias y bureos, el que frecuentemos los templos, el que confesemos, que recemos.... en fin, el que tratemos de mudar de vida y buscar á Dios.—No, no, señora, decía el licenciado: yo no puedo calificar por yerro la virtud. Todo eso que usted dice es muy bueno, cuando se hace como se debe hacer; pero cuando no, cuando un humor estravagante, y no la gracia divina nos hace parecer virtuosos, entonces nuestra devocion es falsa, no merece otro nombre que el de gasmoñería, y por consiguiente nos hace incurrir en mil errores. Usted, y otras beatas como usted, creen que la virtud consiste en no quebrantar los mandamientos descaradamente, en rezar mucho, en ir á las iglesias donde hay música y en ser insociables, fanáticas y simples. Persuadidas con estos bellísimos principios, quebrantan en uno todos los preceptos del Decálogo, se hacen unas hipócritas alucinadas, unas vagamundas de iglesias, sempiternas habladoras de virtud!

odiosas á los suyos y despreciables á la misma sociedad en que viven. No es esta una pintura ecsagerada de nuestras beatas, es un retrato fidelísimo de ellas. Yo no veo por ahí otra cosa que viejas y aun mozas aturdidas que hacen consistir la virtud en meras esterioresidades, al tiempo mismo que ignoran cuál es su religion y el grado de obligacion que les imponen sus suaves preceptos.

Yo pudiera decirle á usted mucho sobre esto; pero sé que no me ha de oír con gusto: y así, solo le digo, que cumpla esactamente los diez preceptos del Decálogo, y no hará poco: cumpla con las obligaciones de su estado: conforme su voluntad con la de Dios, y creame que será verdadera virtuosa, su devocion será legítima, y no contrahecha; y aunque no rece una novena en su vida, se salvará lo mismo que San Pedro: mas si, por el contrario, usted no cuida de observar los preceptos de nuestra ley divina, si se desentien- de de las obligaciones que le impone su estado, si solo quiere hacer su gusto por capricho, sin sujetarse al dictámen de un prudente director espiritual, incurrirá en mil errores pecaminosos, se obstinará en ellos, se hará una completa alucinada, faltará mil veces al amor de Dios y del prójimo, y de consiguien- te, si la sorprende la muerte en este infeliz estado, se irá á los profundos infiernos, atestada de novenas,

camándulas, escapularios, medallas, confesiones y comuniones.

No crea usted que estas son mis cosas, como usted dice; son cosas muy ciertas é infalibles. La falsa devocion, especialmente entre las mugeres, es muy comun: sois estremosas, no hay remedio: si dais en malas el mismo Barrabas no os ignala; y si dais en parecer buenas... en parecerlo digo, (entiéndame usted) si dais en esto, sois supersticiosas, esteriores, monas y ridículas hasta no mas... ¡Fuego y qué seco tan endiantrado es el vuestro, que con dificultad se contiene en los medios, sino que casi siempre declina hácia los estremos! Ten cuidado, Dionisio: ten cuidado con tu muger ahora que aparenta santidad. Ya sabes, ¿eh? ya sabes que de estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales. El diablo son estas santurronas, falsas devotas y verdaderas hipócritas: cuenta con ellas.

No fuera malo que usted la tuviera con su lengua, mordaz, faceto, malcriado... Así se esplicaba Doña Eufrosina, llena de enojo contra el licenciado Narices; pero este con mucha sorna le decia: ¡Qué tal, me engaño en mi juicio, señoritas? ¡Ve usted y qué pronto se le ecsalta la bilis, y cómo se desahoga de la manera que puede contra mí? pues á fe que ese enojo, ¡maldita la prueba que hace de la virtud de usted! El mismo dia que ha comulgado se irrita contra

quien le da una lección moral, lo mismo que si le hiciera un agravio. ¡Comuniones! ¡ah! rezos, novenas, trisagios, jubileos, visitas de cinco altares, oración mental, etc. etc.; pero la soberbia en su lugar, el rencor con el prójimo, lo mismo, y todo lo demás, *idem* compuesto de *is*. Esto se llama, señora, traer el rosario al cuello, y el diablo en la capilla.—¡Qué buen predicador va usted saliendo! yo creía que solo mi cuñado tenía esa gracia.—No, mi señora, yo también la tengo cuando quiero. Sé predicar; pero lo peor es que para usted predico en desierto. Tú, Dionisio, hijo, que me escuchas con tu acostumbrada calma, péstrate de mis razones: no te dejes alucinar de tu santa muger: ponte los calzones: haz que cumpla con sus obligaciones: que atienda, que cuide de su casa y de sus criados, que no sea mitotera ni vagamunda á lo divino; y si no se reduce por bien, palo con ella, que buenos lomos tiene....

¡Miren que maldito Nariguetas! decía Eufrosina montada en rabia: groseron, malcriado, indecente: todas las cosas de usted se le parecen: ¡miren que consejos tan endiablados le da á Dionisio! ¡Ya se guardará de tomarlos! Sí, ¡pobre de él, si el diablo lo tentara á impedirme mi gusto, ni tocarme un pelo! ¡Qué buenas uñas tengo para defenderme en ese caso!

Apenas dejó de reñir Doña Eufrosina, cuando to-

mó la palabra la tía Doña María y dijo: No hay que hacer: los tiempos están perdidos: ya no solamente faltan los buenos cristianos de marras, sino que se enfurecen contra los que quieren serlo. ¡Si digo yo, que este señor licenciado, (con perdón de ustedes,) ó es herege ó no le faltan dos deditos! Abrenuncio: ¡Dios me libre de estos sabiondos del infierno! salvo sea el lugar.... Diciendo esto, se persignaba muy seguido.

Cosquillas le hacían al licenciado con estas cosas, y mas se reía cuando para coronar la fiesta, dijo Pomposita: mamá, tía: cállense la boca; no hay que incomodarse demasiado con este buen señor (que Dios perdone, así como debemos perdonarlo). Jamas han faltado en el mundo perseguidores sangrientos de la virtud. ¡Qué baldones, qué injurias y denuestos no sufrieron por ella los Franciscos de Asis, los de Borja, los Juanes de Dios, los Estanislao Kostkas...! pero ¡qué mas! al Maestro de la virtud, á la misma Santidad, á Jesucristo ¿no trataron de hechicero y sublevador de la república, sometida al imperio del César Romano? ¿y por estas execrables calumnias no lo hicieron morir en una cruz? ¡Pues qué hay que admirarnos de que este caballero nos insulte por esta misma causa? Lo que debemos hacer es seguir impávidas con paso firme el camino comenzado. sin escuchar los silbidos de la serpiente,

ni los cantos de las sirenas de este mundo. Armémonos, mamá y tía mía: armémonos de fortaleza en el Señor, y digámosle siempre con el Santo Profeta rey, que nos libre del hombre inicuo y engañoso, *Ab homine inicu el doloso libera me*, acordándonos con el profano Horacio de que el que quiere llegar á la meta ó término de la carrera, tiene que sufrir y vencer mil obstáculos.

Esto es, señores, lo que me parece conveniente decir á ustedes en descargo de mi conciencia: pues, no porque presuma enseñar á ninguno; no, ¡Dios me libre de semejante presuncion! está mi humildad muy lejos de esta arrogancia: soy harto frágil, soy polvo deleznable, soy la tierra que todos pisan; pero como humana, me lastiman las injurias hechas á mi mamá; sin embargo, yo por mi parte las perdono.

El discurso pedante é hipócrita de Pomposa hubiera seguido, si diera lugar el licenciado con su risa burlona, que fué tanta, que no pudiendo refrenarla se levantó de la mesa, y se fué á tirar á un canapé apretándose la barriga, lo que aumentó la cólera de nuestras beatas.

Pomposita y su madre se retiraron enojadas, y la tía Doña María tambien se levantó de la mesa rezonando unas cuantas blasfemias contra el risueño licenciado, y se marchó sin decir: ahí quedan las llaves. D. Dionisio se manifestó avergonzado por el

poco fruto que sacó de su preparativo: Doña Matilde y Pudenciana se afligian al contemplar el grado de delirio de sus deudas: el padre D. Jaime decia que eran humoradas pasajeras: el coronel todo lo escuchaba con prudencia; pero Narices, despues que se cansó de reir, dijo á D. Dionisio:—No pienses, amigo, que hemos logrado poco: ellas van como perro con cohete en la cola, ardiendo contra mí; pero van espantadas de que les he sacado á plaza su hipocresia, y lo peor es que no es otra cosa. No te fies de tu muger ahora, y menos de tu hija. Sábete que cuando yo era colegial tuve unos amorcillos puramente platónicos con una muchacha inocente y á la que su madre tenia en gran concepto de virtuosa; pero no obstante, se iba á almorzar conmigo á la Alameda con una prima suya cada vez que yo queria; y ¿cuál piensas que era el pretexto con que salian de casa? No otro sino el de que iban á confesarse y á comulgar. De manera que si yo he sido mas tunante ó ellas mas locas, sucede una averia bajo unos pretextos muy engañosos. Conque no te descuides.

El coronel apoyaba con la cabeza el consejo del licenciado y Doña Matilde, cansada de esta critica contra su hermana, trató de que nos recogiéramos á la siesta, lo que hicimos cada uno segun su gusto.

Tres horas habian pasado, cuando estando tomando chocolate en la sala, entré una criada diciendo

—Señores: el paje dice que han matado los caballos á la niña. Fácil es concebir el efecto que causaria en todos semejante noticia. Sorprendimonos, bajamos al patio, entramos á la caballeriza, y encontramos á Pomposita privada, en brazos del lacayo con unas tijeras en una mano, y un manojo de cerdas en la otra: el caballo azorado todavía y sin un pelo en la crin ni en la cola, nos hubiera sido un objeto de risa si lo permitiera la triste situacion de Pomposa, á quien subieron las señoras á la recámara, y habiendo llamado al médico á toda prisa, le proporcionaron los remedios oportunos.

Entre tanto que Eufrosina, la tia vieja, Doña Matilde y Pudenciana, con lágrimas, gritos, y apretones de manos aplicaban á la enferma las medicinas que el médico ordenó, el cuitado de D. Dionisio se desgrenaaba y pateaba en la caballeriza al ver á su caballo tan mal parado, ignorando la causa de semejante fechoría: el lacayo, aturdido con las amenazas del amo, no sabia qué decir, pues en realidad el pobre no vió entrar á la niña, y solo acudió á favorecerla al ruido de las coces del caballo y del fuerte grito de Pomposa.

Sin embargo de todo esto, no se aquietaba D. Dionisio: lo hizo encerrar en un cuarto, con intencion de matarlo á palos, si averiguaba que habia estado en él la culpa.

Así que calmó un poco su primera cólera, subió á ver á su hija, á la que hayó enteramente buena, pues mas fué el susto que el daño que recibió. Entonces le preguntó ¿quién habia tuzado á su caballo? porque si habia sido el lacayo, le iba á dar tanto palo, que de su casa iria al hospital y de este á la sepultura. Aunque me ahorquen, decia, aunque me ahorquen: esta infamia no la perdonaré en mi vida.

Pomposita agitada por su conciencia escrupulosa, le dijo que el muchacho no tenia la culpa: que ella habia trasquilado al caballo porque no le alcanzaban las cerdas que le habia llevado su tia Doña Maria para hacer su cilicio; pero que si habia hecho mucho mal en esto, suplicaba el perdon humildemente.

Quando D. Dionisio se impuso á fondo de que su hija habia sido la autora de semejante daño, poco le faltó para afianzarla y darle una tunda como lo merecia; pero se contuvo por el respeto de su cuñado y los demas señores. ¡Vean ustedes, decia: ¡haberme perdido esta maldita muchacha un caballo tan lindo y generoso que me costó trescientos pesos! ¡Voto á....!

No te aflijas tanto, decia el licenciado disimulando la risa, para todo hay remedio en esta vida.—Pero para esto no: ¿qué remedio puede haber para que le nazcan las crines y la cola á mi caballo, cuando



esta diablo lo tuzó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? ¿Que no te hubiera matado, condenada, que bien lo merecias? ¡Vamos, hombre, no te apures! continuaba el licenciado: dime, ¿no hay quien haga cabelleras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues ¿por qué no habrá quien haga crines y colas para los caballos tuzados? Se harán, se harán, y yo me encargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tuzará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó D. Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estómago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalecencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas.

¿Quién no se persuadirá á que Pomposa, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaria de sus ridículos fervores? Pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos, y así emprendió otro que le salió mas caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XII

En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heróica resolucion de ser ermitaña.

HABIA dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el Yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones, y así resuelta á vencer al enemigo á toda costa, se decia:—¿Qué te detiene, Pomposa, qué te asusta, qué te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosalias y Genovevas? El enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero ¿no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruje y da vueltas al rededor de nosotros buscando á quien tragarse, si no se le resiste con la fé? ¿Pues á qué esperas, desgraciada? Resistencia, resistencia es lo que ahora conviene, y no otra cosa.

¿Qué me detiene para ser ermitaña? Todo lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Santo Cristo, novenas, libros devotos, ampolleta y calavera. Estoy prevenida de todo como las vírgenes prudentes, *estote parati*, "estad prevenidas:" pues ¿qué hago aquí en-